

complica nuestra situación y quisiera saber qué piensa V. A. I. y R. sobre tan espinoso asunto.

—Señor embajador, no pienso, replicó Murat secamente : sigo las órdenes que me envía el emperador y rey de Italia.

—¿Pero V. A. tendrá mas amplias instrucciones que yo?

—Las mismas , poco mas ó menos. Pero con todo creo oportuno que anuncieis la próxima llegada del emperador á Madrid.

—¿S. M. viene?

—Sí, Beauharnais.

—No he recibido ningun despacho que lo indique.

—Hace algun tiempo que servís al emperador Napoleon , y debierais saber su costumbre de decir y obrar al mismo tiempo.

—Pe ro un paso tan importante...

—¿No me juzgais conducto á propósito para recibir órdenes?

—Sí, monseñor.

—Pues en ese caso anunciar á la córte de España que el emperador de los franceses debe llegar pronto á Madrid , y no os metais á averiguar el por qué no os lo han dicho antes.

Beauharnais manifestó su asentimiento, y pidiendo órdenes al gran duque salió al punto

del aposento. Entonces se levantó Murat , dió algunos pasos por la estancia y apoyándose familiarmente en el hombro de Belliard , le dijo :

—Decididamente , general , estoy mucho mas por la guerra que por la política.

—Lo creo. Un valiente como V. A. solo puede encontrarse bien sobre los campos de batalla.

—Soy mas fuerte en aquel terreno , y marchó en el mas francamente.

—Lo mismo me sucede.

—¿ Y cómo han recibido los paisanos á nuestros soldados ?

—Monseñor , con un cariño fraternal.

—¿ Los tratan bien ?

—Los agasajan.

—Mucho me alegre , Belliard.

—S. A. tiene ahora una prueba de como tratan los españoles á nuestros soldados.

—¿ Cuál es ?

—Un granadero de la guardia robó á un carnicero del Retiro unas cuantas libras de carne.

—¡ Voto al diablo ! ¡ Un granadero de la guardia haber robado á un carnicero , que lo fusilen al instante !

—Monseñor , un consejo de guerra conocerá de su delito y pronunciará su sentencia:

pero el carnicero robado y muchos vecinos de Madrid imploran su perdon.

—Belliard, ¿es cierto lo que me habeis dicho?

—No hay duda alguna, monseñor; y personas condecoradas pedirán por él á V. A. —

—Si piden tendré que perdonarlo (1) ¿Y la disciplina del ejército?

(1) Nos ha parecido oportuno copiar el siguiente documento, inscrito en la Gaceta extraordinaria de Madrid del sábado 2 de abril de 1808, por hacer alguna mención del suceso que referimos.

«**EGERCITO FRANCÉS.**—*Orden del 2 de abril.*—Soldados: los negocios generales de Suecia han retardado algunos días la llegada del Emperador, pero los ejércitos combinados de Francia y Rusia están ya en marcha sobre Stockolmo, donde deben reunirse y el emperador no tardará en ponerse á la cabeza de sus ejércitos en España. Es menester, pues, tratar de instruirse: es menester ponerse en estado de maniobrar delante de S. M. y de merecer su aprobacion. El general la Reboissiere dispondrá que se hagan inmediatamente cartuchos de infantería para los ejercicios de fuego. El gran duque espera que al informar á S. M. la conducta de las tropas no le prestará sino motivo de elogio en todas materias.

Soldados: veo con complacencia el buen orden y la severa disciplina que reinan en los cuerpos y sobre todo la armonía que hay entre el ejército francés y el ejército y la nacion española. Eso me llena de satisfaccion. La nacion española merece tanto mas la buena voluntad del ejército francés, cuanto por su parte no cesa de darnos pruebas de su interés y afecto. Esta mañana un soldado, que se habia hecho acreedor al castigo, iba á ser entregado al rigor de la justicia; pero los habitantes de Madrid han pedido con instancia su perdon, y yo lo he concedido. Sea esta la última gracia que se me pida. Soldados, redoblad vuestra consideracion para con los habitantes y cimentad mas y mas la amistad que debe unirnos.—Madrid 1.º de abril de 1808.—JOAQUIN.—El general, gefe de estado mayor general, Aug Belliard.

—Tan escrupulosamente observada como si estuviera el emperador.

—Está Joaquin Murat, lugar teniente del emperador y mariscal de sus ejércitos. ¿Lo habeis entendido, Belliard?..

—Monseñor, jamás fué mi ánimo ofender en nada á V. A.

—Lo creo, porque á Joaquin Murat no se ofende nunca impunemente.

—¿Tiene que darme V. A. algunas órdenes?

—En este momento, ninguna.

El general se despidió, pero en el momento de salir le detuvo el gran duque de Berg, diciéndole.

—Si os he ofendido, general, disculpad estos arrebatos á quien os estima como á un compañero de armas.

S. A. le tendió la mano y el general la estrechó al punto con efusion y con respeto, saliendo luego de la estancia.

Quedó solo el gran duque de Berg, y reclinándose en un sofá, sacó una carta del bolsillo, rompió el noma y leyó.

«Conforme á las órdenes de V. A. I. vine á Aranjuez con la carta de V. A. para la reina de Etruria. Llegué á las ocho de la mañana; la reina estaba todavia en cama; se levantó inmediatamente, me hizo entrar, le entregué

vuestra carta, me rogó esperar un momento mientras iba á leerla con el rey y la reina sus padres; media hora despues entraron todos tres en la sala en que yo me hallaba.

«El rey me dijo que daba gracias á V. A. de la parte que tomabais en sus desgracias, tanto mas grandes cuanto que era el autor de ellas un hijo suyo. El rey me dijo: «que esta revolucion habia sido muy premeditada, que para ello se habia distribuido mucho dinero, y que los principales personajes habian sido su hijo y Mr. Caballero, ministro de la justicia: que S. M. habia sido violentado para abdicar la corona por salvar la vida de la reina y la suya, pues sabia que sin esta diligencia los dos hubieran sido asesinados aquella noche; que la conducta del príncipe de Asturias era tanto mas horrible, cuanto mas prevenido estaba de que conociendo el rey los deseos que su hijo tenia de reinar, y estando S. M. próximo á cumplir sesenta años, habia convenido en ceder á su hijo la corona cuando éste se casara con una princesa de la familia imperial de Francia como S. M. deseaba ardientemente.»

«El rey ha añadido que el príncipe de Asturias queria que su padre se retirase con la reina su muger á Badajoz, frontera de Portugal: que el rey le habia hecho la observacion de

que el clima de aquel pais no le convenia , y le habia pedido permiso de escojer otro , por lo cual el mismo rey Cárlos deseaba obtener del emperador licencia de adquirir un bien en Francia y de asegurar allí su existencia. La reina me ha dicho : «que habia suplicado á su hijo la dilacion del viage á Badajoz , pero que no habia conseguido nada, por lo que deberia verificarse en el próximo lunes.»

«Al tiempo de despedirme yo de SS. MM. me dijo el rey : «yo he escrito al emperador poniendo mi suerte en sus manos, quise enviar mi carta por un correo , pero no es posible medio mas seguro que el de confiarla á vuestro cuidado.»

«El rey pasa entonces á su gabinete y luego salió trayendo en sus manos la carta adjunta. Me la entregó y dijo estas palabras : mi situacion es de las mas tristes ; acaban de llevarse al príncipe de la paz y quieren conducirlo á la muerte : no tiene otro delito que haber sido muy afecto á mi persona toda su vida.

«Añadió : «que no habia modo de ruegos que no hubiese puesto en práctica para salvar la vida de su infeliz amigo ; pero habia encontrado sordo á todo el mundo y dominado del espíritu de venganza. Que la muerte del prin-

cipe de la Paz produciria la suya , pues no podria S. M. sobrevivir á ella.

Aranjuez 23 de marzo de 1808.

B. de Monthion. (1)

Se plegaron los labios de Murat con una sonrisa de placer y abriendo la carta de Carlos IV , que venia sin lacre ni sello , leyó.

«Señor mi hermano : V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultados, y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en los brazos de un grande monarca aliado suyo , subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos.

» Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escojer la vida ó la muerte, pues esta última se hubiera seguido despues de la de la reina.

«Yo fui forzado á renunciar , pero asegurado ahora con plena confianza en la magnani-

(1) Monitor del 3 de mayo de 1808. Memorias de Nellerito, tomo segundo.

midad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio , yo he tomado la resolucion de conformarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros y de mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz.

«Dirijo á V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego y enteramente confio en el corazon y amistad de V. M. , con lo cual ruego á Dios que os conserve en su santa y digna guardia.

Aranjuez 23 de marzo de 1808.

Carlos.» (1)

—¡ Vive Dios ! exclamó Murat levantándose de repente : que esto marcha á paso de carga y que no tendrá queja mi cuñado de la diplomacia de Joaquin.

Dió algunas vueltas por la sala , de nuevo se echó en el sofá completamente satisfecho, y leyó con mas atencion otro papel que contenia cortos é importantes renglones. Decia así:

» Protesto y declaro que todo lo que manifiesto en mi decreto de 19 de marzo , abdicando la corona en mi hijo , fué forzado por

(1) Monitor del 5 de mayo de 1810. Memorias de Nellerio, tomo segundo.

precaver mayores males y la efusion de sangre de mis queridos vasallos , y por tanto de ningun valor. —Yo el rey. —Aranjuez 21 de marzo de 1808.» (1).

—Preciosísimas son estas líneas , dijo Murat , y en ellas tiene el emperador un tesoro. El cariño de Carlos IV y de su esposa á Manuel Godoy ha proporcionado un documento en cuatro dias que se hubiera arrancado difícilmente en el espacio de seis meses , sin tan favorable circunstancia : y esta correspondencia no es obra de mi cuñado , es obra mia , ó de la casualidad mas bien.

Puso un sello á la carta que remitia el rey Carlos IV al emperador de los franceses ; le escribió dándole noticia de cuanto acababa de pasar , despachó al instante un correo , y despues volvió á su sofá con visibles muestras de alegría.

(1) Torenó.

CAPITULO IV.

El cicerone.

Saboreando se quedó Murat el informe de Monthion y la carta del rey Carlos IV al emperador de los franceses ; aunque educado en los vivac y por inclinacion soldado no esperaba salir bien de su aprendizaje diplomático y las cartas que hemos leído , juntas á otras de fecha anterior, escritas por la reina de Etruria, por Carlos IV y Maria Luisa y dirigidas al gran duque de Berg, eran preciosos documentos y muy manifiestas señales de la division que reinaba en la familia real de España , de la sorda guerra que se hacian y de los felices

resultados que podia dar en breve término para los planes de Napoleon Bonaparte.

Ademas del grande interés que Joaquin Murat se tomaba en secundar las intenciones del emperador rey de Italia , conocia bien que como miembro de esta familia poderosa subiria á la par de su gefe , y quizá miraba con cariño la corona de S. Fernando y el cetro de Cárlos I. Bien pudo estasiarse el gran duque con pensamientos de ambicion y formar castillos en el aire , sin incurrir por ello en la nota de vanidoso ó presumido : sobre mas frágiles cimientos se han edificado altas torres y Murat tenia en su favor un gran protector y una espada.

Pasan los sueños de ambicion como las nubes impelidas á los soplos del vendaval , porque todo pasa en el mundo , y á los de Murat se siguieron otros sueños tan seductores. Al hacer su entrada en Madrid llamaron su atencion dos mugeres , aunque de muy distintos modos. La hermosura casi salvage de la hija del pueblo , de Dolores , y su pintoresco vestido , chocaron al gran duque de Berg de una manera sorprendente. Desde el momento que la vió sintió vivísimos deseos de tratarla familiarmente , é iba creciendo este deseo con nueva fuerza cada vez. Murat estaba decidido á emprenderlo todo contra ella y le halagaba la

victoria, no como el triunfo conseguido sobre una muger por un hombre, si como el que alcanza un guerrero sobre un castillo inespugnable. Era la otra muger Elisa, delicada flor de primavera que el soplo del viento deshoja y que crudas lluvias marchitan: ella misma se habia entregado y el lugar-teniente queria recoger los despojos con toda la avidéz de un cosaco.

Sumergido estaba Murat en doradas meditaciones, cuando entró en la sala de improvisó su ayuda de cámara Geragny.

Geragny reunia á una figura agradable las maneras mas obsequiosas que puede estudiar y aprender un ladino ayuda de cámara. Una sempiterna sonrisa retozaba en sus frescos labios, prontos á mentir cuando el tiempo y las circunstancias lo pedian, y sus ojos medio dormidos tenian la dulce languidez de una coqueta seductora y la perspicacia del águila. Su language siempre estudiado, y como medido á compás, tenia un halago irresistible y sabia poner sus ideas en el lugar que ocupaban antes las de su orgulloso señor. Este hombre se adelantó resueltamente, y deteniéndose á tres pasos del cuñado de Napoleon, que no le habia visto hasta entonces, le llamó la atencion diciéndole.

—Monseñor.

—¿Qué quieres, Geragny?

—He interrumpido las profundas meditaciones de V. A. I. y R. porque vengo á darle una noticia desmedidamente importante.

Murat, que conocia muy bien á su favorito criado, se riyó estrepitosamente y le preguntó.

—¿Que tenemos?

—Una adquisicion importante.

—¿Algun caballo cordobés?

—Todavía mejor.

—¿Una espada?

—Mucho mejor.

—En ese caso debe ser una buena moza.

—No me atrevo á decir ahora que sea mejor, pero sí añado que es cien veces mas importante.

—¡Voto al diablo que no te entiendo!

—Voy á explicarme, Monseñor. Acabo de adquirir ahora un magnífico *cicerone*.

—¡Un magnífico *cicerone*!

—Sí, monseñor. Pero no un *cicerone* cualquiera: es una notabilidad, una maravilla tan grande como las pirámides de Egipto.

—Me has engañado ¡vive Dios! si nos hallásemos en Roma podria servirnos ciertamente un entendido *cicerone*, pero en España para qué.

—Para mucho.

—Madrid no encierra antigüedades.

—Bien lo veo ; pero encierra hermosas mugeres.

—¿Y qué ?

—Dos bellas han gustado no poco al valiente gran duque de Berg.

—Es verdad.

—Ese *cicerone* , monseñor , puede servir mucho...

—¿Para qué ?

—Para perseguir á esas mugeres que han gustado tanto á V. A.

—Tienes razon ¡voto al diablo! ¿En dónde tienes á ese hombre ?

—En la antesala , monseñor.

—Introdúcelo á mi presencia.

—Voy á ejecutarlo al momento.

Geragny se dirigió á la puerta y á pocos momentos volvió con el anunciado *cicerone*.

Era el *cicerone* un hombrecillo de cuatro pies y seis pulgadas : tenia ojos azules y redondos , cabellos escasos y rubios , nariz aguilena , labios pálidos y delgados y cuarenta y cinco años de edad. Murat le miró de pies á cabeza , le mandó aproximarse , y luego le preguntó.

—¿Cómo os llamais?

—Adolfo de Dubradin.

- ¿ En dónde habeis nacido?
—En Francia.
—¿ Sois francés?
—Estoy bautizado en Paris.
—Me parece escusado Dubradin seguir preguntando.
—¿ Per qué?
—Porque no servís para el caso.
—Monseñor , siga preguntando vuestra alteza y quizás mude de opinion.
—¿ Cuando salisteis de Paris?
—En 1791 , despues de la muerte del rey, para huir de la persecucion que hacian á los nobles.
—¿ Sois aristócrata ?
—Soy hermano tercero del marqués de Bouchan.
—¿ Y desde Paris?
—Pasé el Pirineo y vine á Madrid.
—¿ Segun eso has vivido aquí...
—Diez y siete años.
—Podeis servir.
—Bien lo sabia yo.
—¿ Cuál es vuestra posicion social?
—Cuando entré en Madrid , monseñor , no me acompañaba un solo franco y necesitaba comer , vestir y pagar una casa ; mi educacion no me permitia ganar el sustento trabajando.

—Un príncipe de la sangre real se mantiene dando lecciones de aritmética. (1)

—Feliz él que las aprendió; yo no puedo decir otro tanto.

—Proseguid pues.

—No siéndome posible ganar el sustento trabajando, recurrí á la industria, monseñor.

—¿De qué modo?

—De uno muy sencillo. España toda veía con dolor y con espanto los estragos que estaba haciendo la revolucion en mi patria, tenía un apellido muy ilustre y me presenté como víctima. Los españoles, monseñor, son hidalgos y generosos, me recibieron como á hermano y socorrieron largamente; sin hacerme sufrir humillaciones y recibíendome muy bien en las casas mas distinguidas. Así he vivido diez y siete años sin escaseces ni disgustos.

—¿Y tu corazon se ha hecho español?

—Mi corazon no tiene patria, y puede comprarse, monseñor.

Murat le miró fijamente y dirigiéndose á Geragni, le preguntó.

—Sabe este hombre el papel que se le destina.

(1) Este príncipe fué Luis Felipe, duque de Orleans, y hoy rey de los franceses.

—Monseñor, no he querido manifestárselo hasta saber si vuestra alteza quiere aprovechar sus servicios.

Murat miró de nuevo á Duradin y le dijo:

—Solo se trata de unas aventuras galantes, y os pagare á peso de oro los servicios que me presteis.

—Mandad, monseñor.

—Gusto de una dama de distinguido nacimiento.

—¿Su nombre?

—No lo sé.

—Monseñor, es un terrible inconveniente para descubrirla.

—Lo creo, se necesita habilidad y el premio estará en consonancia con la que se invierta.

—¿Sus señas?

—Son inútiles. Todas las hermosas se parecen mucho.

—Es verdad y este es un nuevo inconveniente.

—Se supera.

—Lo intentaremos. ¿Pero no recuerda V. A. ningun incidente?

—Uno recuerdo que nos puede servir de mucho.

—Sepamos.

—Ama esa señora á un oficial de artillería.

—Noticia es, mas si supiéramos como se llama el oficial. ¿Recuerda V. A. su nombre?

—Si lo recuerdo, lo recuerdo y no se borrará muy pronto de mi memoria: yo lo juro.

—¿Se llama el oficial...?

—Luis Daoiz.

—Luis Daoiz, oficial de artillería. No se me olvidará tampoco.

—Esa noticia es importante, la estimo en mucho, monseñor.

—Bien.

—¿Tiene V. A. otra cosa que mandarme?

—Sí, solo sabeis la mitad de vuestra comision.

—Cuando acomode á V. A. sabremos la segunda parte.

—Voy á decir en el momento. Tengo un capricho irresistible por una muger.

—¿Y una muger!...

—Es esa *manola*.

—¿Una *manola*!

—¿Con diez y seis años en Madrid no habeis aprendido ese nombre?

—Sí, monseñor: pero ese capricho debia estar satisfecho ya.

—¿Porqué, Duradin?

—Porque una *manola* no exige ningun sitio en regla.

—Escuchadme con atencion. ¿Me conoceis?

Duradin se quedó mirando sin atreverse á responder.

—¿ Me conocéis ? Responded pronto.

—Sí, monseñor.

—¿ Cómo me llamo?

—Joaquin Murat.

—¿ Cuáles son mis títulos y honores ?

—Gran duque de Berg y de Cleves , mariscal de Francia , lugar-teniente del emperador con otros títulos y honores que en este momento no recuerdo.

—Basta , Duradin. Yo Joaquin Murat , gran duque de Berg y de Cleves , mariscal de Francia , lugarteniente del emperador y general en gefe de sus ejércitos en España : yo que me he batido en Italia , en Egipto , en Alemania , en Prusia y Rusia : yo que he tomado baterías y desecho brillantes escuadrones : yo que he combatido cuerpo á cuerpo con los mas valientes enemigos : yo que he visto hundirse la metralla bajo los pies de mi caballo : yo que he mirado al Sol , como el águila y á mi cuñado frente á frente : yo he bajado , Duradin , los ojos ante esa *manola* que juzgais fácil de vencer , Duradin.

El *cicerone* no sabia cómo responder á Murat , y guardaba triste silencio ; el gran duque de Berg , que durante el diálogo anterior

se habia levantado del sofá, se acercó mas á á Duradin, y le dijo :

—No osais acometer la empresa ?

—Sí, monseñor.

—Pues ánimo, Duradin : por ella te entregaré montes de oro.

—¿ Cómo se llama esa muger?

—No sé su nombre.

—Monseñor, ¿ sabe V. A. el de su amante?

—¿ Tiene un amante esa muger?

—Yo no sé nada, monseñor.

—Tendria célos, Duradin, celos del amante de la *manola*.

—¿ Con que no tiene V. A. ninguna noticia?

—Ninguna.

—¿ Ni el mas leve indicio?

—Ni el mas leve.

—Esto es cosa de desesperarse.

—Aguzad, Duradin, el ingenio.

—Lo aguzaré mucho, monseñor.

Murat pidió á su ayuda de cámara un bolsillo lleno de napoleones de oro, que dió á Duradin despidiéndolo hasta el dia siguiente, que debia traerle algunas nuevas. Despues que salió Duradin, dijo Murat á Geragny.

¿Será de provecho ese hombre?

—Es un tunante muy cumplido, que enca-

rece las dificultades para que le pague V. A. á mayor precio sus servicios.

—Con tal que desempeñe bien su comision poco me importan unos cuantos miles de francos.

—Estoy seguro, monseñor, que olfateará como un sabuco; quinientos francos de regalo y una magnífica promesa dan vista á un ciego, monseñor, habla á un mudo, oido á un sordo y movimiento á un paralítico: nuestro hombre no es nada de lo dicho, y cumplirá con su deber.

El gran duque de Berg despidió á Geragny y éste se alejó murmurando.

—No hay héroes para los ayudas de cámara.



CAPITULO V.

Dolores.

De tres en tres bajaba Duradin las gradas de la escalera de Murat, chocando sus dedos con júbilo y dándose mil parabienes. En primer lugar veía en sus manos un bolsillo con veinte y cinco napoleones de oro, y en segundo tenia la esperanza de alcanzar una recompensa ganada con poco trabajo. Duradin conocia á Daoiz, sabia sus amores con Elisa, y no tenia que dar un paso para noticiar á Murat la dama de ilustre nacimiento, que le habia parecido hermosa: en cuanto á los medios de hacerlos Elisa frecuentaba mucho las sociedades de buen

tono , y el gran duque podia presentarse en la que mejor le pareciese. En cuanto á Dolores, crecia la dificultad algun tanto , pero la buena moza tuvo en la mañana del 24 una conversacion en estos parecidos términos :

—Gracias á Dios , decia á Dolores la vieja que la sermoneó el dia antes , que hoy estás alegre y decidora.

—Hoy es otra cosa , señora Tomasa , la replicó festivamente. Hoy entran los nuestros, señora , y ayer entraron los estraños.

—¿ No te reconcilias con él despues de haberlo visto ?

—Quiá.

—A fé que es bizarro y buen mozo.

—No digo yo que no lo sea.

—Y es tan valiente.

—Tan valiente.

—¿ Dudas de su valor ?

—Si dudo.

—¿ Qué motivos tienes ?

—Los tengo.

—Pero sepamos.

—Para qué.

—Será algun secreto ?

—Será lo que será , señora.

—O alguna mentira.

—Eso no , y tengo , señora , mis razones para haber dicho lo que he dicho. Ayer le

llamé la atención y pretendió el hombre abrumarme bajo el peso de su mirada; pero sus ojos se bajaron ante la fiereza de los míos.

—¿Estás loca, Dolores?

—No.

—¿No eres presumida que digamos? ¿El gran duque de Berg mirarte con atención?

—Es la verdad.

—Qué mas quisieras tú?

—Señora, amo á un hombre con frenesí, con un amor tan puro y santo como el que tienen al señor los querubines en el cielo. No tiene uniformes bordados; es un hijo del pueblo como yo, pero ni el gran duque de Berg ni Napoleon Bonaparte me apartarán de su cariño.

—Del dicho al hecho....

—No hay gran trecho. Necesitarán otras mugeres renombre y fausto, yo solo quiero un corazón, y el de Manuel es muy hermoso.

—Pero...

—Dejémonos, señora, de enfadosas bellaquerías.

La vieja tuvo á bien callar y Dolores siguió su marcha con su natural desenfado. Un hombre no perdió palabra de la conversacion de las *manolas*, y éste se llamaba Duradin. Por esta feliz casualidad conocia bien el *cicerone* á

la interesante muger que así entusiasmaba al gran duque.

Estos datos eran preciosos pero faltaba descubrir el paradero de Dolores, ó mejor el de la viejecilla que se habia mostrado aficionada al bizarro gran duque de Berg y que tenia traza nada equívoca de bruja ó zurdidora de voluntades. Duradin frunció un poco las cejas al considerar este obstáculo, pero dándose de improviso una gran palmada en la frente combinó su plan de batalla, y se fué á dormir descansado para ponerlo en ejecucion al dia siguiente.

A las nueve de la mañana se vistió nuestro cicerone y estableció al punto su crucero en la célebre puerta del Sol. Cuando veia venir á una *manola* vistosamente empavesada la abordaba resueltamente y la dirigia esta pregunta.

—Sabe V, decirme, señora, en donde vive una viejecita á quien llaman señora Teresa?

Unas se echaban á reir, otras le miraban de reojo, y casi todas contestaban en tono brusco.

—No señor.

Duradin no se desanimaba y volvia de nuevo á la carga en busca de mejor fortuna. Su constancia no fué infructuosa, pues en una de sus bordadas dió cara á un bergantin velero y

este bergantín era Dolores. Duradin puso hácia él la proa y cuando estuvieron á distancia la saludó respetuosamente y la dijo:

—Señora Dolores, tengo que pedirla un favor.

—Diga V. pronto lo que quiere que no me gusta gastar palabras.

—Quisiera saber en donde vive una viejecita diminuta, que habló con V. ayer de mañana, y á quien llaman señora Teresa.

—Vive en el Avapies, respondió Dolores y siguió de nuevo su camino.

Duradin no estaba dispuesto á admitir informes tan escasos y siguiéndola á corta distancia volvió á preguntarla.

—¿En qué calle?

—En la de santa Isabel, señor.

—¿Qué número?

—Cincuenta y cuatro.

—Gracias, señora: muchas gracias.

Duradin no necesitaba mas pormenores y al instante viró como diestro piloto hacia la calle mencionada. La recorrió resueltamente, leyendo número por número y se entró en el 54. El aspecto de esta pobre casa correspondía perfectamente al de la vieja diminuta pues era pequeña y sombría. Llegó hasta el patio Duradin y á una vecina preguntó por su codiciada Teresa. La vecina miró á Duradin con

ojos investigadores y le señaló una puertecilla inmediata. Nuestro *cicerone* llegó á ella, dió dos golpes, y salió á abrirle la señora Teresa en persona.

—¿A quién busca V., caballero? preguntó la vieja con voz dulce.

—A V., señora; segun creo. ¿No es V. la señora Teresa?

—Servidora de V., señor.

—Tenemos que hablar en secreto.

—Pase V., adelante, señor.

La vieja cerró bien la puerta, y pasando por un corredor sucio y oscuro á un mismo tiempo, condujo á Duradin á un cuarto ni mas aro ni mas curioso.

El mueblage de este aposento se parecia mucho á los adornos de un gabinete numismático. Dos sillones pertenecientes al reinado de Carlos I, llenos de manchas y girones: una barquita contemporánea del esforzado Cid Ruiz Diaz, en el mismo doloroso estado que sus viznietos los sillones: y una gran mesa de orden gótico y quebrado el marmol por mil partes, eran el magnífico adorno de este delicioso aposento. Pero lo mas notable de todo eran los objetos que se veian sobre la gran mesa de marmol. Consistian estos en un peine, que peinó la crin de Babieca, en un espejo de acero, en una botella de sal, otra

de ceniza, un barreño lleno de agua sucia hasta los bordes, y en dos barajas tan mugrientas como la triste habitacion. Duradin paseó su mirada por aquel exótico conjunto y sentándose en un sillón dijo á la vieja:

—Amiga mia, tenemos que hablar.

—Ya os escucho. ¿Viene V. á que le haga filtros, á que le presente algun difunto, algun viviente, ó quiere que le eche las cartas!

—Mucho menos, señora Teresa.

—Esplíquese V., caballero.

—Présteme V. mucha atencion.

—Ya estoy atendiendo.

—¿V. conoce á una real moza que se llama si mal no me acuerdo, Dolores?

—Mucho la conozco, señor, y me busca con harta frecuencia para que le diga por las cartas en que se entretiene su amante.

—Magnífico, muy bien; magnífico. ¿Y qué la dice V?

—Eso me parece muy malo, y es preciso mudar de language.

—¿Qué la diré?

—Que su amante ya quiere á otra.

—Es celosa como una tigre.

—Mucho mejor para mi intento. ¿V sabe callar?

—No chisto en tapándome bien la boca.

—¿Quedará así muy bien tapada?

Duradin sacó de su bolsillo la mitad de los quinientos francos que había recibido de Murat y se los entregó á la vieja. Teresa los contó tres veces y respondió.

—Con estas monedas ha puesto V. un sello á mis labios.

—Si conseguimos nuestro objeto será mayor la recompensa.

—Mande V., señor, que estoy pronto á ejecutar cuanto me mande.

—¿Conoce V. á S. A. I. y R. el gran duque de Berg?

—Lo conozco.

—Pues sepa V. que el gran duque de Berg está prendado de Dolores.

—¡El gran duque de Berg! exclamó la vieja retrocediendo algunos pasos.

—Sin la menor duda. El gran duque, que tiene el influjo bastante para hacerla quemar como á bruja si no realiza sus deseos, y oro para llenar este aposento si lleva su plan adelante.

La vieja midió con ojos ávidos su reducida habitación, y acercándose de nuevo á Duradin le dijo.

—Esta misma tarde, señor, hablaré á Dolores.

—Está bien: pero no olvide un solo